

CAPITULO IV.

ESPEDICION DE GONZALO PIZARRO.—PASO DE LAS SIERRAS.—DESCUBRE EL NAPO.—INCREIBLES TRABAJOS.—ORELLANA BAJA POR EL RIO DE LAS AMAZONAS.—DE-SESPERACION DE LOS ESPAÑOLES.—VUELVEN A QUITO LOS QUE QUEDARON VIVOS.

1540.—1542.

Cuando Gonzalo Pizarro recibió la noticia de su nombramiento para el gobierno de Quito, no pudo disimular el placer que le causaba; no tanto por el dominio que le daba sobre esta antigua provincia india, como por el nuevo campo que le abría para estender sus descubrimientos por el oriente, donde esperaba hallar la fabulosa tierra de las especias, que habia cautivado por tanto tiempo la imaginacion de los conquistadores. Sin pérdida de tiempo se encaminó á su gobierno, y no halló mucha dificultad en despertar un entusiasmo semejante al suyo en

el pecho de sus compañeros. En poco tiempo rennió trescientos cincuenta Españoles y cuatro mil Indios. Llevaba ciento cincuenta hombres de á caballo, y toda la gente iba perfectamente equipada y apercebida para la empresa. Para evitar los males de la hambre tomó consigo un crecido acopio de provisiones y una numerosa piara de cerdos, que caminaba á retaguardia.¹

Comenzaba el año 1540 cuando salió á esta memorable espedicion. En el principio del viaje mientras estuvieron los Españoles en el territorio de los Incas hallaron comparativamente pocas dificultades, porque los desórdenes del Perú no habian llegado á estas provincias distantes, donde la sencilla gente vivia aun como si estuviese bajo el antiguo cetro de los hijos del Sol. Pero cambió la escena tan luego como entraron en el territorio de los Quixos, donde el carácter de los habitantes, y aun el clima, parecian ser muy diferentes. Atravesaban aquel pais las elevadas cordelliras de los Andes, y los aventureros se

¹ Herrera, Hist. General, caballos y en cerdos. Estos últimos, segun Herrera, eran nada menos que 5000; acopio muy regular de jamon para tan pequeña tropa, puesto que los Indios se mantendrian sin duda con maiz tostado y coca, que era de ordinario su único alimento en las mas largas jornadas.

Los historiadores discrepan en el número de las fuerzas de Gonzalo, tanto en hombres, como en

vieron muy pronto enredados en sus hondos y tortuosos desfiladeros. Conforme iban subiendo á regiones mas elevadas, los vientos helados que bajaban de las cordilleras les entumían los miembros, y muchos indígenas encontraron su sepulcro en el desierto. Al atravesar esta formidable muralla, sintieron uno de esos tremendos terremotos, que en estas regiones volcánicas sacuden con tanta frecuencia las montañas hasta sus cimientos. En un lugar, las terribles convulsiones de la naturaleza hicieron abrir la tierra; de la abertura salieron bocanadas de un vapor sulfúreo, y un pueblo entero de varios centenares de casas se hundió en el espantoso abismo! ²

Al descender por la vertiente oriental cambió la temperatura, y así que bajaron á las tierras llanas el agudo frio se convirtió en un calor sofocante, al mismo tiempo que de las gargantas de la sierra salían furiosas tempestades de truenos y rayos que día y noche descargaban sin cesar torrentes de lluvia sobre sus cabezas, como si las ofendidas divinidades de aquellos sitios quisiesen tomar venganza de los que venían á

² Zárate fija precisamente el número en quinientas casas. "Sobre el Perú, lib. 4, cap. 2.) Nada hay que halague tanto la imaginación del lector, como los números exactos, y nada hay que merezca menos su confianza. Relámpagos, i Raios, i grandes Truenos, que abriéndose la tierra por muchas partes, se hundie-

turbar el sosiego de sus soledades. Mas de seis semanas continuó en toda su fuerza el diluvio, y los miserables aventureros, empapados y rendidos del continuo trabajo, apenas podían arrastrar sus miembros por el suelo encharcado y desigual. Al cabo de algunos meses de penoso viage, en que tuvieron que pasar muchos pantanos y rios, llegaron al fin á *las Canelas*. Hallaron bosques enteros de los árboles que producen esta preciosa corteza; mas por apreciable que fuese como artículo de comercio, si se hallara en parages mas accesibles, en aquellas remotas regiones era de poco valor para ellos. Pero de las tribus errantes de salvages que solían encontrar en el camino, supieron que á diez jornadas de allí habia una tierra rica, fértil y abundante en oro, ocupada por naciones muy numerosas. Gonzalo Pizarro habia llegado ya á los límites que desde el principio tenia señalados á su expedición; pero estas noticias revivieron sus esperanzas, y resolvió llevar mas adelante la aventura. Mejor les habria estado á él y á sus compañeros, el darse por contentos y volver sobre sus pasos.

Siguieron, pues, su marcha y hallaron inmensas sabanas terminadas por bosques, que conforme llegaron á ellos, parecían estenderse por todos lados hasta el horizonte. Allí encontraron árboles de aquella extraordinaria corpulencia

que solo se vé en estas regiones equinocciales. Habia algunos tan gruesos, que diez y seis hombres con los brazos abiertos apenas alcanzaban á rodearlos. ³ Todo el bosque estaba entretegido de bejucos y enredaderas, que colgaban de unos árboles á otros como festones de mil colores, y formaban una brillante colgadura, muy hermosa por la vista; pero imposible de penetrar. A cada paso se veian obligados á abrirse camino con las hachas, al mismo tiempo que en los matorrales y espinos se les quedaban prendidas las ropas, podridas ya por efecto de las incesantes lluvias á que se habian visto espuestos, y solo llevaban sobre el cuerpo los aventureros algunos miserables andrajos. ⁴ Sus pro-

³ Dando seis pies á la abertura de los brazos de un hombre, serán noventa y seis pies de circunferencia, ó treinta y dos pies de diámetro; grueso que excede sin duda al del mayor árbol de Europa. Con todo, no llega al del famoso gigante de las selvas mencionado por Humboldt y que aun existe en la provincia de Oajaca (*), el cual segun la medida exacta de un viajero tomada en 1839, tenia ciento doce pies de circunferencia á la altura de cuatro pies del suelo, que seria pro-

(*) Este es el famoso sabino de Santa Maria del Tule á tres leguas de Oajaca. Puede verse un curioso artículo sobre este árbol extraordinario en el Mosaico Mexicano, tom. V. p. 77.—N. del T.

bablemente la misma á que tomaron su medida los Españoles. Véase un artículo curioso y crudo sobre árboles de bosque en el N.º 124 de la Revista Norteamericana.

⁴ El poeta dramático Molina, en su comedia de "Las Amazonas en las Indias," ha destinado unas doce columnas de *redondillas*, (*) á referir los trabajos de sus compatriotas en su expedición al rio de las Amazonas. El poe-

(*) El autor ha incurrido de nuevo en el descuido de confundir las *redondillas* con el romance; falta que ya le notó el traductor español de su "Historia de los Reyes Católicos." V. dicha obra trad. por Sabau y Larroya. (Madrid, 1814.) tom. 2.º p. 337.—N. del T.

visiones, echadas á perder por el temporal, se habian acabado mucho tiempo hacia, y el ganado que tomaron consigo se habia consumido tambien ó se habia perdido en los bosques y en los pasos de las sierras. Cuando salieron venian acompañados de cerca de mil perros; muchos de ellos de la raza feroz que se empleaba en cazar á los infelices Indios. Ahora llegó el caso de que se apresurasen á matarlos; pero sus miserables esqueletos eran alimento bien escaso para los hambrientos caminantes; y cuando por último se acabaron, ya no les quedó otro recurso para sostenerse que las yerbas y raíces dañosas que podian encontrar en el bosque. ⁵

La fatigada cuadrilla llegó por último á una laguna formada por el Napo, uno de los principales tributarios del rio de las Amazonas, que aunque en América solo se tiene por un rio de

ta contaba de seguro con la paciencia de su auditorio. Los siguientes versos pintan la miserable condición á que se vieron reducidos los Españoles por las continuas lluvias.

"Sin que el sol en este tiempo
Su cara ver nos permita,
Ni las nubes taberneras
Cesen de echarnos encima
Diluvios inagotables,
Que hasta el alma nos bautizan.
Cayeron los mas enfermos,
Porque las ropas podridas
Con el eterno agua va,
Nos dejó en las carnes vivas."

⁵ Capitulación con Orellana, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 143.—Zarate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 2.—Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 8, cap. 6, 7.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 3, cap. 2.

Este último escritor recibió sus noticias, segun dice, de algunos que fueron en la expedición. El lector puede estar seguro de que nada han perdido al pasar por sus manos.

tercera ó cuarta clase, en el mundo antiguo pasaria por de primera magnitud. Aquella vista alegró sus corazones, porque siguiendo su curso por la orilla esperaban encontrar un camino mas seguro y mas practicable. Despues de recorrer por largo trecho sus márgenes, enredados siempre entre espesos matorrales que solo vencian á costa de los mayores esfuerzos, alcanzaron á oír á lo lejos un ruido semejante á un trueno subterráneo. El terreno descendia rápidamente y la furiosa corriente se precipitaba por entre las peñas con espantosa velocidad, hasta que al fin llegaron los aventureros al borde de una magnífica catarata, donde quedaron asombrados al ver que las espumosas aguas del rio daban un enorme salto, de mil doscientos pies! ⁶ El fúnebre silencio de los bosques que les rodeaban, contribuia á aumentar el efecto de los

⁶ "Al cabo de este largo camino hallaron que el rio hacia un salto de una peña de mas de dozientas braças de alto: que hazia tan gran ruydo, que lo oyeron mas de seys leguas antes que llegassen á el." (Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 3, cap. 3.) En las relaciones de los viajeros posteriores, no muy numerosos á la verdad en estas incultas regiones, no encuentro cosa alguna que sirva para confirmar ó desmentir la existencia de esta estupenda

catarata. La altura que dan al salto, doble de la que tiene, segun las medidas de Humboldt, la gran catarata de Tequendama en Bogotá, que pasa por la mas alta de América, no llega, sin embargo, á la de algunas cascadas que se arrojan en los precipicios de la Suiza. Mas no es seguro fiarse de los cálculos de los Españoles, que llenos de fúnebres ideas, eran muy susceptibles de recibir fuertes impresiones de todo lo terífico y sublime.

temerosos ruidos que habian comenzado á oír á seis leguas de distancia. Los insensibles guerreros no pudieron menos de sentir la influencia de tan imponente espectáculo. Aquellas aguas jamas sostuvieron el peso de ninguna barca: ningun serviente se descubria, mas que los salvajes habitantes de la selva, el robusto boa y el repugnante aligador que tomaban el sol en las orillas del agua. Los corpulentos árboles tendiendo su magnífico ramaje hasta los cielos; el rio corriendo por su pedregoso cauce, como habia corrido por tantos siglos; la soledad y el silencio de aquel sitio, interrumpido tan solo por el desapacible estruendo de la cascada ó por el suave murmullo de los bosques: todo parecia hallarse en derredor de ellos en el mismo estado inculto y primitivo, como cuando salió de las manos del Criador.

Antes y despues de la catarata, el lecho del rio se estrechaba tanto que su anchura no pasaba de veinte pies. Apurados por el hambre resolvieron los aventureros pasar al otro lado á todo riesgo, esperando hallar alguna tierra que les proporcionase el sustento necesario. Construyeron un frágil puente echando algunos gruesos troncos de árbol sobre una hendedura, donde las rocas, como si se hubiesen apartado por algun sacudimiento de la naturaleza, baja-

ban perpendicularmente hasta la profundidad de muchos centenares de piés. Por este camino aereo consiguieron pasar hombres y caballos sin mas desgracia que la pérdida de un Español, que desvanecido por haber mirado incautamente hácia abajo, perdió el pié y cayó á las olas que rugian en el fondo del abismo.

Pero muy poco ganaron con el cambio. El pais presentaba el mismo aspecto desconsolador, y las orillas del rio estaban cubiertas de árboles gigantescos, ó de matorrales impenetrables. Las tribus indias que solian encontrar en el desierto, eran feroces y enemigas, y tenian que sostener contra ellas continuas escaramuzas. Por su medio supieron que bajando el rio hallarian á unas cuantas jornadas una tierra abundante, y los Españoles continuaron su penoso camino, siempre esperando y siempre engañados, porque la tierra de promision parecia huir de ellos como una sombra, retirándose conforme se acercaban.

Abrumados al cabo, de trabajos y de padecimientos, resolvió Gonzalo construir una barca, bastante grande para que pudiesen caber en ella los soldados mas débiles y los bagajes. Los bosques le dieron madera en abundancia; se hicieron clavos de las herraduras de los caballos muertos ó que habian matado para alimentarse; á falta de brea usaron la resina que destilaban

los árboles, y en vez de estopa se sirvieron de los destrozados vestidos de los soldados. Era obra muy difícil, pero Gonzalo animaba la gente á trabajar, y daba el ejemplo tomando él mismo su parte en la tarea. Al cabo de dos meses se concluyó un bergantín, toscamente labrado, pero fuerte y de bastante capacidad para llevar la mitad de la gente: fué el primer buque europeo que navegó en estas aguas interiores.

Gonzalo dió el mando de él á Francisco de Orellana, caballero de Trujillo en cuya intrepidez y fidelidad creia poder confiar. Entonces las tropas continuaron su marcha, siguiendo siempre la corriente del rio, y llevando al lado el bergantín. Cuando llegaban á alguna montaña ó mal paso, servia muy bien para trasportar á los soldados mas débiles. De este modo fueron caminando penosamente muchas semanas por las espantosas soledades de las orillas del Napo. Hacia mucho tiempo que las provisiones se habian consumido del todo y ya habian devorado tambien el último caballo. Para satisfacer las exigencias del hambre se vieron obligados á roer el cuero de sus sillas y correajes. En el bosque hallaban muy poco que comer, y se alimentaban de lagartos, serpientes y demas reptiles que á veces solian hallar. ⁷

⁷ Yeruas y rayzes, y fruta otras malas sauandijas, si las auian silvestre, sapos, y culebras, y por aquellas montañas que todo

Dijéronles entonces que habia una provincia rica habitada por una nacion numerosa, donde el Napo entraba en otro rio mucho mayor, que corria hacia el oriente. Se hallaba esta tierra como siempre, á distancia de algunas jornadas, y Gonzalo Pizarro resolvió detenerse donde se hallaba, y enviar á Orellana con el bergantin á la confluencia de los dos rios para recoger algunas provisiones, con las cuales volveria á buscarlos para que de ese modo pudiesen continuar la marcha. Aquel capitán tomando consigo cincuenta aventureros, se apartó al medio del rio donde corria con mucha rapidez, y arrebatada su barca por la corriente, partió como una flecha y á poco rato se perdió de vista.

Pasaron dias y semanas y el buque no volvia. Nada divisaban los Españoles sobre la superficie de las aguas, aunque tendiesen la vista hasta el punto mas lejano, donde la corriente del rio se perdia entre el espeso follage de sus márgenes. Salieron varios destacamentos, y aunque tardaron muchos dias en volver, no trajeron ninguna noticia de los compañeros. No pudiendo permanecer por mas tiempo en esta duda, ni seguir viviendo en aquel lugar, Gonzalo

les hacia buen estómago á los Españoles; que peor les yua con la falta de cosas tan viles." Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 3, cap. 4.—Capitulacion con Ore-

llana, MS.—Herrera Hist. General, dec. 6, lib. 8, cap. 7.—Zárate, Cong. del Perú, lib. 4, cap. 3, 4.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 143.

y sus hambrientos soldados resolvieron encaminarse á la confluencia de los rios. Aunque la distancia no pasaria seguramente de doscientas leguas, gastaron dos meses en vencer esta terrible jornada, los que no perecieron antes de tocar el fin de ella, y por último llegaron al lugar donde el Napo vacía el caudal de sus aguas en el Marañon; ese caudaloso rio, el mas magestuoso de los de América, que acrecentado en su curso por otros mil tributarios, corre muchos centenares de leguas hasta desaguar en el océano, atravesando por el centro del gran continente.

Pero los españoles no lograron noticias de Orellana: la tierra aunque mas poblada que la que dejaron, parecia tan mala como ella, y los habitantes eran aun mas feroces. Perdieron, pues, toda esperanza de recobrar á sus compañeros, á quienes creian muertos miserablemente de hambre ó á manos de los indígenas. Por fin se disiparon sus dudas al ver venir un hombre blanco, que andaba errante y medio desnudo por los bosques, en cuyo macilento rostro reconocieron las facciones de uno de sus compañeros. Era Sanchez de Vargas, hidalgo de buena familia y muy apreciado de toda el ejército, quien les refirió cosas espantosas.

Arrastrado Orellana por la corriente del Napo habia llegado á su confluencia con el Mara-

non en menos de tres dias, caminando en tan breve tiempo lo que habia costado dos meses al escuadron de Pizarro. Halló que el pais era muy distinto de lo que le habian informado, y lejos de encontrar alimentos que llevar á sus paisanos, apenas consiguió lo muy preciso para mantenerse. Tampoco le era posible el volver atras por donde habia venido, contra la corriente del rio y no eran menos formidables los obstáculos que presentaba la jornada por tierra. Viéndose en este dilema, cruzó por su mente una idea atrevida. Era el lanzar su barquilla al centro del Marañon, y bajar con su corriente hasta la embocadura. De esta manera visitaria las ricas y populosas naciones, que segun contaban, vivian en sus orillas, navegaria en el grande océano, pasaria á las islas vecinas, y volveria á España á reclamar la gloria y el premio del descubrimiento. Aquella idea fué inmediatamente acogida por sus inconsiderados compañeros, que adoptaban con gusto cualquier partido con tal de salir de la miseria presente, y se entusiasman al pensar en nuevas y estrañas aventuras; porque la inclinacion á estas era el último sentimiento que se estinguia en el pecho de un caballero castellano. Poco cuidado les daban sus desdichados compañeros que iban á dejar abandonados en el desierto ⁸

⁸ Esta relacion de Vargas fué se advierte por el tenor de la confirmada por Orellana, segun merced que se hizo á este último

No es este el lugar de referir los pormenores de la estraordinaria espedicion de Orellana. El logró su empeño; pero es casi un milagro que no naufragase en la peligrosa y desconocida navegacion de aquel rio. Mil veces se vió su bajel próximo á ser hecho pedazos contra las rocas ó por las furiosas corrientes; ⁹ y aun le pusieron en mayor peligro las tribus guerreras de las orillas, que acometian á su pequeña tropa siempre que trataba de desembarcar, y despues le iban persiguiendo muchas leguas en sus canoas. Al cabo salió del rio, y una vez en el océano, hizo rumbo Orellana para la isla de Cubagua; de allí pasó á España, se presentó en la corte y refirió los pormenores de su viage. Contaba que en las márgenes del rio habia encontrado naciones de Amazonas; hablaba de *el Dorado*, que segun le afirmaban existia en aquellas co-

á su vuelta á Castilla. El documento se conserva completo en a coleccion de MSS. de Muñoz.

“Habiendo voz ido con ciertos compañeros un rio abajo á buscar comida, con la corriente fuistes metidos por el dicho rio mas de 200 leguas donde no pudistes dar la buelta é por esta necesidad e por la mucha noticia que tuvistes de la grandeza e riqueza de la tierra, posponiendo vuestro peligro, sin interes ninguno por servir á S. M. os aventurastes á saber lo que havia en

aquellas provincias e ansi descubristes e hallastes grandes poblaciones.” Capitulacion con Orellana, MS.

⁹ Condamine que bajó por el rio de las Amazonas en 1743, refiere muchas veces los peligros y dificultades en que se vió envuelto durante su navegacion por este rio, demasiado dificil, dice, para emprenderla sin el auxilio de un diestro piloto. V. su Relation abrégée d'un Voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique Meridionale. (Maestricht, 1778.)

marcas, y de otras maravillas, que una imaginacion crédula, mas bien abultaba que fingia. Sus oyentes escuchaban con gusto las relaciones del viagero, y en un siglo de maravillas en que se iban revelando todos los dias los misterios del Oriente y del Occidente, merecen excusa por no haber fijado con exactitud los verdaderos limites de la realidad y de la ficcion. ¹⁰

No tuvo Orellana dificultad en conseguir licencia para conquistar y poblar los reinos que habia descubierto. Pronto se halló al frente de quinientos hombres, dispuestos á participar de los peligros y provechos de la expedicion. Pero estos provechos no estaban destinados para él, ni para su patria. Murió en el viage de regreso á la América, y las tierras regadas por el rio de las Amazonas cayeron dentro de los territorios de Portugal. Ni aun siquiera alcanzó el desgraciado navegante el honor de dar su nombre á las aguas que habia descubierto. Logró tan solo la estéril gloria del descubrimiento, que ciertamente no basta á compensar las inleuas circunstancias de que fué acompañado. ¹¹

¹⁰ No ha sido fácil fijar esta línea en tiempos posteriores, á pesar de las luces de los descubrimientos modernos. Condamine, despues de una cuidadosa averiguacion, considera que hay buenos fundamentos para creer en la existencia de una nacion de mugeres guerreras, que habitó e notro tiempo en algun lugar

cerca del rio de las Amazonas, bien que hoy hayan desaparecido. Seria cosa dura negar el hecho, pero mas duro seria el ererlo, considerando la dificultad de perpetuar una nacion semejante. Voyage dans l'Amérique Meridionale, p. 99, et seq.

¹¹ "Su crimen queda en cierta manera compensado con la

Uno de los compañeros de Orellana se opuso resueltamente á semejante proceder, tan contrario á las leyes de la humanidad y del honor, Este fué Sanchez de Vargas, y el cruel comandante se vengó de él abandonándole á su suerte en aquella region desolada, donde luego le hallaron sus compatriotas. ¹²

Los Españoles escucharon con horror la relacion de Vargas y casi se les heló la sangre en las venas al verse abandonados de este modo en

gloria de haberse arrojado á una navegacion de mas de dos mil leguas, por entre naciones desconocidas, en un buque construido de prisa por manos muy poco prácticas, sin provisiones, sin brújula ni piloto." (Robertson, América, vol. III. p. 84.) El historiador de América no empuña la balanza moral con mano tan certera como de costumbre, al juzgar la brillante expedicion de Orellana. Mas segun dice un moralista no muy severo, por brillante que sea el resultado,

Ni las malas acciones
Puede ensalzar á fuerza de blasones
Ni consagrar un crimen.

¹² Una delicada muger, Madama Godin, llevó á cabo una empresa, mas notable aun que la de Orellana. En 1769 trató de bajar por el rio de las Amazonas, hasta la embocadura, en un bote descubierto. Iba acompañada de siete personas, entre ellas dos hermanos suyos y dos criadas.

El bote zozobró, y Madama Godin, salvándose con dificultad, resolvió caminar á pié con sus compañeros, el resto de la jornada. Vióles ir pereciendo uno tras otro, de hambre y de enfermedades, hasta quedarse sola en el espantoso desierto. Mas como *The Lady* en el Comus de Milton, consiguió salir salva de tantos peligros y despues de inauditos padecimientos halló á unos Indios amigos que la condujeron á un establecimiento frances. Aunque era jóven no es de estrañar que los trabajos y sustos que sufrió, le pusieron el cabello enteramente blanco. Los pormenores de esta estraordinaria aventura se leen en una carta dirigida á Mr. de la Condamine por el esposo de dicha señora, quien los refiere con un entusiasmo y sencillez que ganó nuestra confianza. Voyage dans l'Amérique Merionale, p. 329, et seq.

el corazon de un remoto desierto, y privados del único arbitrio que les restaba para salir de él. Hicieron un esfuerzo para continuar su viaje por las orillas; pero despues de algunas fatigosas jornadas, les faltaron las fuerzas y el ánimo, y llenos de desesperacion abandonaron la empresa.

Entonces fué cuando brillaron las cualidades que hacian á Gonzalo Pizarro un gefe tan apropiado para la hora del peligro y del desaliento. Con avanzar mas nada se conseguia, y el permanecer donde se hallaban, sin alimento, sin vestido, sin defensa contra las fieras del bosque ó contra los naturales, mas feroces todavía, era imposible. Solo un partido les quedaba, que era el volverse á Quito. Pero esto traia consigo el recuerdo de lo pasado; de trabajos que ya conocian muy bien, y eran demasiado duros aun para imaginados. Se hallaban por lo menos á cuatrocientas leguas de Quito, y ya habia pasado mas de un año desde que dieron principio á su penosa peregrinacion. ¿Cómo era posible que pensasen en arrostrar otra vez estos peligros? ¹³

13 Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 3, cap. 5.—Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 8. cap. 8.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 5.—Gomara, Hist. de las Indias, eap 143.

De unos hombres que anda-

ban errantes en el desierto no debe esperarse un cómputo exacto del tiempo ni de las distancias, faltos como estaban de los medios de calcular con exactitud uno y otro.

Mas no quedaba otro recurso. Gonzalo trató de reanimar á sus compañeros insistiendo en la invencible constancia que habian manifestado hasta entonces, y conjurándoles que se mostrasen siempre dignos del nombre de Castellanos. Recordóles la gloria inmarcesible que ganarian con sus heróicas hazañas, cuando hubiesen regresado á su patria. Decia que él les volveria á Quito por otro camino, y no podrian menos de encontrar en alguna parte aquellas fértiles regiones de que tantas veces les habian dado noticia. A lo menos sabian y no era poco, que á cada paso que dieran se iban acercando al término de su viage, y puesto que de todas maneras aquel era el único partido que les restaba, debian disponerse á abrazarlos como hombres de valor. El espíritu sostendria el cuerpo, y las dificultades que se acometian con buen ánimo ya estaban medio vencidas.

Los soldados escucharon con ansia las palabras de consuelo y de esperanza que les dirigia. La confianza en el caudillo, infundió nueva vida á los desalentados. Conocieron la fuerza de su raciocinio, y al escuchar con gusto sus promesas, revivió en ellos el antiguo orgullo del honor castellano, y todos participaron algo del generoso entusiasmo del gefe. El á la verdad merecia el afecto de sus soldados. Desde que salió la espedicion, habia sufrido como todos

las mismas privaciones. Léjos de aprovecharse de las ventajas de su posición, había igualado su suerte con la del soldado mas pobre; atendía á las necesidades de los enfermos, animaba á los abatidos, dividía su escasez con los hambrientos, tomaba parte como cualquier otro en los trabajos y fatigas de la marcha, y en suma, se mostraba siempre fiel amigo, no menos que capitán. Cuando llegó la hora de prueba recogió los frutos de su acertada conducta.

No cansaré al lector con la relación de los trabajos que sufrieron los Españoles en su vuelta á Quito. Tomaron por un camino mas hácia al norte del que trajeron á la venida, y si es verdad que tropezaron con menores dificultades, también eran menores las fuerzas para vencerlas, y así fueron mayores los apuros. Manteníanse únicamente de los escasos alimentos que podían encontrar en los bosques, ó con los que solían tener la fortuna de hallar en algun pueblo abandonado, ó bien quitaban por fuerza á los Indios. Muchos Españoles se enfermaron y murieron en el camino, porque no había quien les socorriese. El extremo de la miseria los había vuelto egoístas, y mas de un infeliz quedó abandonado á su suerte, para morir solo en el desierto, ó mas bien para ser devorado, vivo aun, por las fieras que abundaban en él.

Por fin, en el mes de Junio de 1542, después

de haber gastado mas de un año en la vuelta, llegó la fatigada tropa á las elevadas llanuras de las inmediaciones de Quito. ¡Pero cuán diferente era ahora su aspecto del que presentaban cuando salieron hacia dos años y medio, por las puertas de aquella misma capital, llenos de lisongeras esperanzas, y con todo el brillo y pompa marcial! Sus caballos eran muertos; sus armas venían rotas y enmohecidas; ellos medio envueltos en pieles de animales á falta de vestido, con sus caballos largos y enmarañados, cayendo en desorden sobre sus espaldas, sus rostros tostados y ennegrecidos por el sol de los trópicos, y sus cuerpos consumidos por el hambre y desfigurados por las heridas. Al verlos marchar lentamente con paso vacilante como una tropa de horribles espectuos, diríase que la fosa se había abierto y arrojado fuera sus cadáveres. Mas de la mitad de los cuatro mil Indios que salieron con la expedición, había perecido, y de los Españoles solo ochenta volvieron á Quito, y muchos de ellos con la salud arruinada para siempre.¹⁴

14 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 5.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 143.—Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 3, cap. 15.—Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 3, cap. 14.

Este último historiador al terminar su relato de esta expedición, hace un panegírico del valor y constancia de sus paisanos, que ciertamente es muy merecido. "Finalmente, Gonçalo Pizarro entró en el Quito, triunfando del valor, i sufrimiento, i de la constancia, recto, è inmutable vigor del ánimo, pues Hombrés Humanos no se halla, haver tanto sufrido, ni padecido tantas desventuras." Ibid., ubi supra.

Los pocos vecinos blancos del lugar con sus mugeres é hijos, salieron fuera de la ciudad para recibir á sus paisanos. Les suministraron cuantos auxilios estaban en su mano, y al escuchar la triste relacion de sus padecimientos, mezclaron sus lágrimas con las de los caminantes. Toda la tropa entró en seguida á la capital donde su primer cuidado fué, sea dicho en honor suyo, el ir en cuerpo á la iglesia y tributar solemnes acciones de gracias al Todopoderoso por haberlos conservado milagrosamente durante una jornada tan larga y peligrosa. ¹⁵ Tal fué el fin de la expedicion al rio de las Amazonas, que por sus trabajos y peligros, lo mucho que duraron, y la constancia con que lo sufrieron, permanece acaso sin paralelo en los anales del descubrimiento de la América.

¹⁵ Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 5.

CAPITULO .V

LOS ALMAGRISTAS.—SU SITUACION DESESPERADA.—
CONSPIRACION CONTRA FRANCISCO PIZARRO.—ASELINATO
DE PIZARRO.—HECHOS DE LOS CONSPIRADORES.—CA
RACTER DE PIZARRO.

1541.

Cuando Gonzalo Pizarro llegó á Quito, recibió las nuevas de un suceso por el que vino á conocer que su expedicion al rio de las Amazonas habia sido mas fatal á sus intereses de lo que él se imaginaba. Durante su ausencia se verificó una revolucion que habia cambiado totalmente el estado de las cosas en el Perú.

Hemos visto ya en uno de los capítulos anteriores, que cuando Hernando Pizarro regresó á España, el marques su hermano se volvió á Lima, donde continuó dedicándose á levantar su uaciente capital, y á atender al bien general de todo el pais. Mientras se hallaba ocupado de